

El último escrito del Sr. García Icazbalceta lo publicó en *El Renacimiento*, 1894, bajo el título de *Estudio histórico*, acerca de la dominación española en México.

Por último, la muerte sorprendió á nuestro ameritado historiógrafo cuando se ocupaba en la formación del DICCIONARIO DE PROVINCIALISMOS MEXICANOS, que dejó sin concluir, habiendo impreso varios pliegos.

* * *

Adviértese por la rápida enumeración de los escritos mencionados la inmensa labor que consumió por completo la vida de quien hubo de consagrar su inteligencia y su caudal, liberalmente, á los estudios más áridos pero de más jugo para nuestra historia; teniendo todas las obras del Sr. Icazbalceta un carácter, un sello especial que las distingue y las abona al momento: la riqueza y abundancia del material histórico-bibliográfico en consorcio con la encantadora belleza tipográfica.

«¡Cuánto merecen celebrarse las bellezas de todo género que adornan las obras del Sr. García Icazbalceta! exclama el Sr. Agüeros. (1) Cada escrito es un venero riquísimo é inagotable de noticias curiosas, de datos interesantes, de oportunos conceptos; en cada una de sus frases ¡cuánto hay que aplaudir y celebrar! ¡Qué claridad, qué método, qué sobriedad de inútiles adornos! La dicción es selecta y verdaderamente clásica, tersa y limpia, sin ahuecamiento; el estilo es natural y fácil, sencillo y elegante, sembrado de todos los primores del idioma castellano, y en sus palabras se revela el consumado hablista, el literato entendido, el conocedor profundo de los secretos del lenguaje. Y luego, ¡qué vasta erudición tan bien empleada y tan oportunamente traída; qué asiento en los juicios; qué concienzudo criterio; qué sagacidad y discreción; qué galanura y gallardía en el decir! Las obras de nuestro autor deleitan y admiran al mismo tiempo á cuantos recorren sus páginas. Todos los escritos revelan el conocimiento excepcional de la historia y de la literatura, y pasman verdaderamente, la facilidad, exactitud y madurez con que diserta sobre cualquier punto relativo á ambas materias. Tiempos, autores y libros; episodios, incidentes y contradicciones; fechas, fundaciones y personajes: todo le es familiar, todo lo sabe y conoce como si se tratara de cosas de nuestros días, ó mejor, tal vez, que tratándose de sucesos contemporáneos.»

Y todo en medio de la mayor modestia, con la maestría del pensador; sin rebuscar detalles inútiles, ni descuidar la síntesis por minucioso y peregrino análisis, como acontece á algunos de nuestros contemporáneos, cuya vida se desliza, por desgracia, sin provecho real y positivo, no obstante consumirla en ímprobos labores.

* * *

No quedaría completo, ciertamente, este capítulo de la vida de García Icazbalceta, si no mencionara yo la célebre CARTA AL SR. ARZOBISPO LABASTIDA ACERCA DEL ORIGEN DE LA VIRGEN DE GUADALUPE, hecha pública después de la muerte de su autor. (1896.)

Se había solicitado licencia ante la Mitra de México por el Lic. D. José Antonio

(1) Lic. D. Victoriano Agüeros, ESCRITORES MEXICANOS CONTEMPORÁNEOS.—1 tomito, primoroso también, impreso en 1880.

González, para la impresión de un opúsculo intitulado: «*Santa María de Guadalupe de México, Patrona de los Mexicanos. La verdad sobre la Aparición de la Virgen del Tepeyac, y sobre su pintura en la capa de Juan Diego. Para extender, si posible fuere por el mundo entero, el amor y el culto de Nuestra Señora.*» Conociendo el ilustrado Arzobispo de México, D. Pelagio Antonio de Labastida, la profunda erudición y el juicioso criterio de D. Joaquín García, pasó á consulta de éste el manuscrito del Lic. González; el Sr. García devolvió en el acto el original, manifestando «que no era *teólogo* ni *canonista*,» á lo que el Arzobispo objetó, diciendo que deseaba conocer la opinión de García Icazbalceta desde el punto de vista histórico, «mandándoselo como prelado.»

Sereno, erudito, razonado, contundente, fué el dictamen que en forma de carta, escrita en Octubre de 1883, escribió al Sr. Labastida nuestro historiógrafo —tenido siempre por verdadero católico práctico,— demostrando el absoluto silencio de los cronistas coetáneos al supuesto suceso; extendiéndose en oportunas citas de imágenes que sudaban, que abrían los ojos, que hablaban, en esa época de superstición, de fanatismo y de ignorancia, tan común en Europa como en América, donde todo se creía, admitiéndose sin discusión. El dictamen, finalmente, concluía patentizando con toda claridad el ningún fundamento de la *aparición*.

Esta carta fué conocida en vida de D. Joaquín, por muy contadas personas. Yo tuve oportunidad de leerla de puño de su autor, habiéndome sido proporcionada por mi buen amigo D. José María de Ágreda y Sánchez. Era un documento importante que no debía quedar oculto, y en 1896 se dió á la estampa; es decir, más de un año después de haber bajado su autor á la tumba.

Cómo era natural, este rayo de luz fué un chispazo que prendió muy ardiente discusión. La carta se había deslizado primeramente ante el escaso público erudito bajo ropaje latino, con el título *De B. M. V. Apparitione in Mexico sub titulo de Guadalupe. Exquisitio Historica*; que virtió al castellano el Obispo D. Fortino Hipólito Vera, á fin de refutarla en su peregrino libro *Contestación histórico-crítica en defensa de la Maravillosa Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, al anónimo intitulado: «Exquisitio Historica.»*— Querétaro, 1892; pero, hasta 1896 no apareció el dictamen correcto, conforme á su original y con la firma del Sr. García Icazbalceta. La publicación, como se indica, encendió la discusión entre defensores y contradictores del *milagro*; y aun cuando los primeros pretendieron empañar la fama y el nombre inmaculado de quien había sido Presidente ejemplar del Consejo Superior, en la República, de las Conferencias de San Vicente de Paul, quedó incólume, limpia y brillante su memoria.

III.

Las incesantes labores de nuestro historiógrafo y bibliógrafo, su talento esclarecido y su ilustración, hicieron honrarle con distinguidos nombramientos.

Desde 1850 la Sociedad de Geografía y Estadística le contó entre sus miembros.

En 1865 entró á formar parte de la Academia Imperial de Letras y Ciencias fundada por el Archiduque Maximiliano; perteneciendo desde antes á la Junta Directiva de la Academia de las tres nobles Artes de San Carlos.

En 16 de Diciembre de 1871 le nombró la Real Academia Española su correspondiente; cargo honrosísimo que tuvo el Sr. García antes de que surgiera el pensamiento de fundar en la América latina academias correspondientes, pues hasta 1873 envió la Española á México diversos nombramientos para tal objeto, proyecto que no se realizó sino en 1875. En efecto: la Real academia expidió sus títulos á los señores D. Sebastián Lerdo de Tejada, á la sazón Presidente de la República; al Ilustrísimo Sr. D. Juan Bautista Ormaechea, Obispo de Tulancingo; á D. José María Bassoco, D. Alejandro Arango

y Escandón, D. Casimiro del Collado, D. Joaquín Cardoso, Dr. D. Manuel Moreno y Jove, D. José Fernando Ramírez, D. Joaquín García Icazbalceta y D. José Sebastián Segura. Todas estas personas han pasado ya á mejor vida. Nuestro D. Joaquín fué propuesto académico por los Sres. D. Manuel Cañete, D. Cándido Nocedal y D. Juan Valera.

Reunidas el 13 de Abril de 1875 las personas que componían la Nueva Academia, aunque no todas, como los Sres. Moreno y Ramírez, que habían muerto, D. Sebastián Lerdo, que se excusó por sus muchas ocupaciones, y D. Joaquín Cardoso, que también no asistió en razón de haberse trocado su nombre por el de *Agustín*; reunidos, decimos, en casa del Sr. Arango y Escandón, que prestó uno de sus salones para las juntas, procedióse á instalar interinamente la Mesa Directiva de la Academia, nombrándose Director de ella á D. José María de Bassoco, y Secretario al Sr. D. Joaquín García Icazbalceta, y por tanto, el primero que tuvo este encargo.

Vueltos á reunir los académicos en Junta de 25 de Septiembre del año referido, se nombraron los individuos propietarios de la Mesa, recayendo de nuevo la elección en el Sr. Bassoco, como *Director*, y el Sr. García como *Secretario*; además de D. Alejandro Arango, que fué electo *Bibliotecario*; *Censor*, D. Manuel Peredo, y *Tesorero* D. José María Roa Bárcena, nombrados ya académicos estos últimos para integrar el número prescrito por el Reglamento, en unión de los Sres. D. Francisco Pimentel, D. Rafael Ángel de la Peña y D. Manuel Orozco y Berra.

Á la muerte del Sr. Arango y Escandón, acaecida en 28 de Febrero de 1883, y quien desde Noviembre de 1877 se encontraba en el puesto de Director de la Academia, entró á substituirle el Sr. García Icazbalceta, primero como interino, siendo nombrado propietario por aclamación el 11 de Agosto de 1885, permaneciendo en ese encargo hasta su muerte.

La Academia Colombiana habíale, asimismo, nombrado su Correspondiente.

En 9 de Febrero de 1872 la Real de la Historia de Madrid le hizo su individuo, ascendiéndole á la categoría de Honorario en 28 de Octubre del propio año.

En 11 de Abril de 1889 la Sociedad Científica de Bélgica le honró con el diploma de socio; siendo además miembro de la American Antiquarian de Filadelfia, de la Antropológica de Washington, é Histórica de California.

Finalmente, invitada en 1892 nuestra patria por el Gobierno español para concurrir á la celebración del Cuarto Centenario del descubrimiento de América, el Primer Magistrado de la República nombró una Junta organizadora, siendo su Presidente D. Joaquín García Icazbalceta. Los trabajos de éste le valieron que la Reina Regente de España le condecorara con la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica.

IV.

La mañana del 27 de Noviembre de 1894 nos sorprendió la noticia de la muerte súbita del Sr. García Icazbalceta, acaecida la noche anterior, sin más achaque que un fuerte constipado y la debilidad senil de quien rayaba en los setenta. La Historia patria y la Literatura perdieron á un varón ilustre que dió positivo esplendor á ese género de estudios.

Don Joaquín era hombre de costumbres sin tacha alguna: avaro de su tiempo, trabajaba sin cesar, despachando al día los negocios de sus propiedades, su correspondencia literaria nutrida y abundante; y el resto de las horas libres lo consagraba al mejor amigo: al estudio. Para ello formó una muy rica biblioteca, afortunadamente conservada íntegra por mi amigo D. Luis García Pimentel, hijo de nuestro sabio.

Correcto en su persona, en su lenguaje literario, hasta en las impresiones y en las pastas de sus libros; caballeroso y creyente; de conversación sencilla, sobria, instructiva y amena; aun cuando mostrábase áspero con sus propios amigos, sin intención de